

Pablo R. Suanzes

El pasado 25 de mayo, un nuevo partido político, que se había creado apenas unos meses antes, que no tenía infraestructura, que gastó menos de 200.000 euros en la campaña electoral y que sólo era conocido porque su líder, un joven profesor de Ciencia Política, salía mucho en la televisión, se convirtió en la cuarta fuerza más votada, con 1,2 millones de votos en las elecciones europeas y cinco eurodiputados.

Los analistas consideraron que el auge y los increíbles resultados de Podemos, el nombre de esta formación que ni siquiera se definía como un partido, respondían a la indignación de la ciudadanía española, cansada del bipartidismo tradicional, de las situación económica, de una tasa de paro del 25% y muy harta de la desconexión de la clase política con la realidad.

El Gobierno, el Partido Socialista y los “expertos” pensaron, y dijeron, que Podemos era un one-off, un fenómeno que se desinflaría en cuanto los españoles conocieran sus ideas concretas y sus líderes tuvieran que dar la cara. Consideraban que cuando toda España se diera cuenta de que Podemos quiere hacer una auditoría de la deuda pública y quizás un impago de la misma se asustaría. O que el hecho de que quieran nacionalizar sectores fundamentales de la economía, como la Energía o las Telecomunicaciones les penalizaría. Asumieron que la idea de imponer un tope máximo a los salarios, o subir los impuestos o implantar una renta básica universal haría recapacitar a sus votantes. Que su simpatía por regímenes populistas en América Latina sería un gran hándicap.

Pero ha ocurrido todo lo contrario. El domingo, la encuesta realizada por Metroscopia para el diario El País colocó a Podemos como el primer partido de España en intención de voto, por delante del Partido Popular, ahora en el Gobierno, y el Partido Socialista. Según el sondeo, Podemos sacaría el 27,2% de los votos, 1,5 puntos de ventaja respecto al PSOE y 7 sobre el PP. Y el martes, el Centro de Investigaciones Sociológicas ratificó un terremoto político sin precedentes en la historia de la Democracia española, donde únicamente las dos grandes fuerzas se han turado en el poder.

Según el CIS, la formación de Pablo Iglesias es el partido que más respaldo tiene en intención de voto directa (17,6%), es decir, en el resultado de las entrevistas, sin las proyecciones que realizan los sociólogos a partir de los datos. El PSOE queda en segundo lugar, con el 14,3%, y el PP ocupa el 11,7%, un hundimiento tremendo. Según la estimación de voto, después de la "cocina" del CIS, Podemos lograría un 22% de los votos, el PSOE, un 23% y el PP, un 27%, siendo por ahora todavía el grupo más votado.

Podemos no es que haya venido a quedarse, sino que ha venido a ganar las elecciones generales previstas para noviembre de 2015. No es una boutade. El domingo 25 de mayo, tras un resultado histórico, sorprendente, magnífico, Pablo Iglesias, el rostro y el líder de Podemos, salió a hablar a sus partidarios en Madrid. Y lejos de celebrarlo

mostró su pesar: “hemos perdido”, afirmó, porque “queríamos ganar y no hemos ganado”. Lo que entonces muchos vieron como un acto de prepotencia de Iglesias, era en realidad parte de una estrategia muy bien pensada.

Iglesias y su grupo de colaboradores, todos profesores de Ciencia Política de la Universidad, con una visión muy de izquierdas, cercanos al Partido Comunista durante toda su vida y con claros vínculos, sentimentales y profesionales, con la Venezuela de Hugo Chávez y Nicolás Maduro, han desarrollado un plan muy claro. Su objetivo es capitalizar todo el voto posible, de todo el espectro político, y llegar con opciones de victoria a noviembre de 2015.

Para ello siguen tres puntos. Por un lado, crear un partido catch-all. Por ello dicen y repiten que no son de izquierdas o de derecha, se desvinculan de Venezuela o Ecuador y hacen guiños a cada vez más grupos, desde los creyentes religiosos a los militares. Quieren ser el partido político de los Indignados que en mayo de 2012 tomaron las calles de España. De los desahuciados, de los descontentos, de los jóvenes, de los defraudados, de los pobres. De los que defienden la Educación y la Sanidad pública. De los que no habían votado nunca. Y lo están logrando.

Por otro lado, han decidido no presentarse a las elecciones locales o regionales. No quieren fracasos antes de noviembre de 2015 y sobre todo, como reconoció recientemente Iglesias, no quieren que “ningún golfo se cuele en sus filas”. Podemos es un partido nuevo, sin estructura, agrupado en torno a Círculos en los que los ciudadanos participan de forma asamblearia. Sólo tiene un grupo muy reducido de portavoces, que controlan de hecho la formación y que salen todos los días en diferentes programas de televisión de máxima audiencia.

Podemos ha crecido llamando “casta” a los partidos tradicionales, con un mensaje contra el sistema nacido en España con la Constitución de 1978, contra los recortes sociales y los ajustes presupuestarios. Y han hecho de la independencia, la diferencia, el ser completamente distintos, normales, su gran valor. Han convertido la antipolítica en un activo atractivo. Pero, sobre todo, han encontrado su mejor arma en la corrupción.

Ahora mismo los casos de corrupción de políticos y empresarios han emponzoñado la vida política de España, y Podemos no quiere que algo parecido les pueda suceder antes de la gran cita de 2015, por lo que prefieren no presentarse y no gobernar en muchas ciudades, algo que sin duda podrían conseguir.

En las últimas semanas han surgido incontables casos de corrupción en España. Desde el gasto de más de 15 millones de euros con tarjetas de crédito ‘black’ (opacas fiscalmente) de los ex dirigentes de Cajamadrid/Bankia (como el ex director gerente del FMI, Rodrigo Rato), entidad que tuvo que ser rescatada con más de 20.000 millones de euros, a la imputación de ex ministros y la detención de políticos

regionales y locales. La percepción generalizada es que la corrupción está extendida a todos los niveles y que los políticos tradicionales están todos manchados, que son cómplices, ladrones. Que son todos lo mismo. Que hay impunidad.

La indignación en España está en niveles superiores incluso a los peores años de la recesión, cuando parecía que el default estaba cerca y que sería necesario un rescate total del país. Y para mucha gente, Podemos parece ser la mejor solución. Un grupo nuevo, con un discurso fresco y alternativo. Que habla de cambio, de poder para el pueblo.

Hace unos meses, los vínculos con Venezuela, que son muy reales, o las ideas económicas (que según los economistas son insostenibles y peligrosas) podían ser un lastre, un problema, para Podemos. Hoy ya no importa. Porque los españoles quieren cambio a cualquier precio.

Iglesias, que es diputado del Parlamento Europeo, es firme. “Estamos aquí para ganar y para formar gobierno. No nos conformamos con haber llegado hasta aquí, con quedar segundos en las elecciones generales. Hemos salido a ganar, y de eso tienen miedo», dijo hace unos días en el primer congreso del partido.

Las grandes fuerzas políticas no han sabido reaccionar a Podemos. No han limpiado sus partidos tras los escándalos ni han logrado enviar a los ciudadanos un mensaje de tranquilidad y confianza. Parecen lentos e indefensos frente a los jóvenes de Podemos, que están en todos los programas de televisión porque su presencia dispara las audiencias.

El Programa de Podemos es muy vago, genérico, cambiante. Los mercados, los inversores y el resto de países están preocupados por ello, porque lo ven como la Syriza de España y les asusta la inestabilidad en 2015. Es normal, pero la lógica política ha cambiado en España y los referentes tradicionales ya no sirven. Podemos ha llegado para quedarse y para intentar ganar. Hace un año era imposible, hoy ya nadie lo puede asegurar.